

CONSTANTINO MAWROMATIS P.

En memoria de Alberto Sartori Hevia



Fotografía: Clara Guzmán.

Un día sábado de diciembre, al finalizar el año académico 2008, Alberto Sartori Hevia nos deja a sus 72 años. Su vida, sin embargo, no dejó indiferente a nadie.

Alberto Sartori fue nuestro primer Director de Revista De Arquitectura, comenzando esta aventura junto a un grupo de académicos hace ya 19 años, bajo el decanato de su socio, el arquitecto Mario Recordón Burnier.

Arquitecto destacado de la Universidad de Chile, académico de alma y obra, formador de generaciones de arquitectos y motivador de innumerables estudiantes y profesionales, Sartori supo comunicar como pocos. Su efusividad y espontaneidad no admitían filtros, expresando con intensidad su parecer; no supo de cuidados en cuanto a la invasión de los límites de la burbuja personal de muchos, como buen italiano que no escatimaba en recursos en sus deseos de conmovier.

Pero, por sobre todo, y más allá de sus destacados logros como arquitecto y su trascendencia como académico, queda en el recuerdo como una persona muy singular, que con su calidez y entusiasmo dejó su marca en todo aquel que lo conoció, transmitiendo su pasión por la arquitectura y su amor por la vida.

Con el paso del tiempo su ausencia se hará más evidente y el recuerdo se tornará en nostalgia.

ALBERT TIDY V.

Homenaje a Alberto Sartori H.

El nombre de Alberto Sartori sonaba en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile desde que se atravesaba por primera vez el arco de calle Marcoleta. Recuerdo que en primer año, junto a mis compañeros, ya sabíamos a través de terceras voces acerca de la existencia de este excéntrico profesor y de su singular estilo para ejercer la docencia. Pronto lo reconoceríamos cruzando los patios de la escuela con sus largas bufandas rayadas, su paso acelerado y su ya escaso y desordenado pelo al viento. Si alguien lo interceptaba para saludarlo o hacerle alguna pregunta, casi se podía entender a la distancia el contenido de la conversación, o al menos intuir su tenor, ya que Sartori hablaba con el cuerpo.

Siendo apenas unos iniciados de segundo año de la carrera, junto a algunos compañeros solíamos infiltrarnos en el taller vertical que el maestro dirigía, y que por cierto, llevaba su nombre. Aquella vez supe que había algo magnético en aquel profesor que lo hacía diferente a todos los demás. Recuerdo perfectamente verlo montado sobre un tablero, a la manera de un surfista, intentando mantener precariamente el equilibrio para poder ser visto por la totalidad de aquella pequeña multitud. Sus brazos aleteaban por sobre las atentas cabezas que lo contemplaban, y su cuerpo se contorsionaba haciendo un esfuerzo mayor para explicar aquellos conceptos arquitectónicos donde la palabra y el verbo son insuficientes. A veces inventaba su propio lenguaje con extraños sonidos que emanaban de su boca, como si fuese un sintetizador humano que interpretaba ideas de manera prístina, sin tener que contaminarlas con el lenguaje formal.

Mi alegría fue mayúscula cuando fui aceptado para entrar en aquella sobre-demandada clase. Un extraño sentimiento de orgullo nos invadía a todos aquellos quienes habíamos sido investidos como alumnos de su taller, y pienso que ese sentimiento es compartido hasta hoy por todos quienes tuvimos la fortuna de tenerlo como profesor y de haber sido fecundados con la semilla de la pasión y del amor por el

oficio que Sartori profesaba. Fue él quien nos mostró literalmente el mundo, abriéndonos puertas y ventanas para convencernos de que aquel era un lugar cercano y disponible. Hoy la presencia de don Alberto se ha esparcido en el mundo entero, a través de sus alumnos, discípulos y herederos de su amor por la arquitectura.

Sin darme cuenta, el año que ingresé al taller Sartori, se iniciaba un cambio en mi vida. Al igual que cientos y miles de alumnos que pasamos por su taller, ya no seríamos los mismos. Pasar por Sartori era apropiarse del mundo y hacer de la arquitectura un acto sacro.

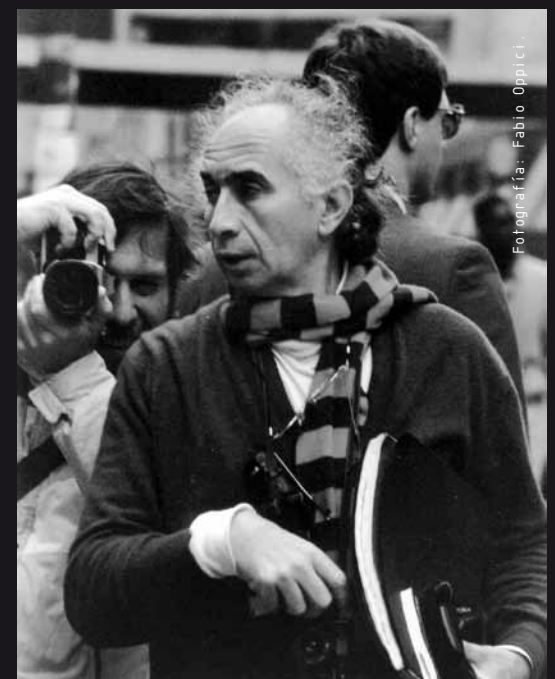
Fui alumno de don Alberto el año 1989 y a partir de entonces caminé a su lado durante ocho intensos años, primero como monitor y luego como ayudante. Después me inicié como profesor gracias a su apoyo y nos convertimos en amigos. Todavía me emociona recordar su visita sorpresiva para mi graduación en Estados Unidos el año 98. Sin duda fue el profesor más importante, el más entusiasta y el más generoso que conocí. Hoy su partida me parece inverosímil.

Querido don Alberto, aquellos que fuimos sus alumnos lamentamos mucho su partida, pues su ausencia dejará un vacío irremplazable en la Escuela de Arquitectura y en nuestros corazones. Será sin duda difícil imaginar aquellos desolados pabellones sin usted, sin su pasión y sin su energía, sin su espíritu combativo, sin su rebeldía libertaria, sin su humor insolente y sin sus exageradas historias. Extrañaremos sus metafóricas correcciones, sus dibujos, sus libros y sus suspensores. Sin embargo usted vivirá entre nosotros como vivían en usted los maestros que tanto admiraba y que generosamente compartió con nosotros: Frank Lloyd Wright, Le Corbusier, y Juan Martínez. Mies, Van der Rohe, Alvar Aalto, Eero Saarinen y Franco Purini. Adolf Loos, Roberto Dávila y Kevin Roche. Aldo Rossi, Giuseppe Terragni, Antonio Sant Elíá y Louis Kahn...

Todos ellos seguramente hoy estarán vestidos de gala y habrán preparado una fiesta cósmica para recibirlo, y para seguir haciendo lo que más le gustaba hacer: hablar de arquitectura.



Fotografía: Clara Guzmán.



Fotografía: Fabio Oppici.

ANTONIO SAHADY V.

Diálogo en el Parnaso / (Tributo al maestro Alberto Sartori)

Frank Lloyd: ¡Qué bueno que ya estás por aquí! Hace cincuenta años que esperaba algo entretenido. Se hace corta la vida, ¿verdad?

Alberto: Un soplo. Se va en un abrir y cerrar de ojos. Dejé cientos de carpetas abiertas y todo por empezar.

Frank Lloyd: Pero lo que hiciste no es poco. En realidad, lo que más he admirado de ti es el rendimiento que le sacaste a la vida.

Alberto: Sí, pero también es cierto que a veces me desgasté en tonterías. Las cuestiones administrativas de la Facultad fueron una pérdida de tiempo y de energías. De no ser por la docencia...

Frank Lloyd: También en mi recuento hay demasiado tiempo ocioso. Pero no reniego de eso. Parece que es la condición que merecen las grandes ideas. Si Kafka no hubiera sido un anónimo empleado fiscal jamás habría alcanzado tantas cumbres. Lo que en apariencia es estéril, a veces resulta ser lo más fecundo. A lo mejor si yo no hubiese gastado tanto tiempo en concebir la comunidad de Spring Green de Wiscosin pude haber desarrollado unos cuantos proyectos más. Sin embargo, ahora estoy convencido de que esa comunidad se convirtió en un manantial de poesía y misticismo que se fue derramando hasta mi arquitectura. Bien sabes lo que Taliesin representó para mí: las proezas que ese bardo celta galés relató en sus poemas y canciones. Y, a la postre, todo aquello se hizo materia en mis trabajos. ¿O acaso no advertiste las raíces célticas en algunas de mis obras?

Alberto: ¡Cómo no! Creo que nadie en América recorrió y disfrutó tanto como yo de toda esa carga ancestral fundida con la piedra. A medida que estudiaba tus edificios fui descifrando claves y códigos que para muchos todavía pasan inadvertidos. Y no puedo menos que agradecer la pasión y el misticismo que derrocha tu arquitectura. Es justamente la

mayor deuda que tengo contigo, porque de allí se alimentaron muchos de mis proyectos y mis enseñanzas.

Frank Lloyd: Para ser franco, lo que más me enorgullece es mi pasado druídico. De no ser por eso, seguro que no habría sido más que un pardo arquitecto norteamericano. Allí están las más poderosas nutrientes de mi obra. En los cementerios de la campiña galesa, acompañado por mi esposa Olgivanna, logré encontrar, uno a uno, mis antepasados. Viví una de mis mayores alegrías cuando descubrí, finalmente, en una estela funeraria, el apellido que buscaba: Wriaeth. Tal como escuchas: Wriaeth. Ahí está mi origen, mi auténtico cuño.

Alberto: Pero no puedes negar que esos carapálidas eran unos salvajes. Es cosa de ver las Speaking Rocks, donde se consumaron tantos sacrificios humanos. Ahí están, denunciándolos, esos vigorosos caracteres, incisos en la roca.

Frank Lloyd: ¿Y qué querías? Los galeses eran fieles a sus ritos y a sus convicciones. ¿De dónde, si no, podría provenir el espíritu granítico de su cultura, que es el mismo que se ha destacado en mis trabajos?

Alberto: De acuerdo, pero debes reconocer, además, que tuviste de tu lado a doña Anna, tu madre. Una mujer excepcionalmente adelantada para esos tiempos.

Frank Lloyd: Tienes mucha razón. Apenas comprendió que yo estaba en condiciones de balbucear las primeras palabras, me inculcó la vocación del arte. Siempre quiso que construyera cosas en el mundo de la visión. Y por eso tapizó los muros de la casa con grabados de arquitectura y cada regalo era un juguete de piezas para armar. A veces tengo la impresión de que la misión que impusieron a mi madre en su vida era una sola: modelar mi vocación.

Alberto: Eso lo escribiste en tu libro final, «A testament».

Frank Lloyd: Sí, y ya sé que lo leíste con la misma fruición que recorriste mis prairie-houses.

Alberto: ¡Ah, esas casas en la pradera! Siempre que me pongo a repasarlas mentalmente, no sé con cuál quedarme. A veces creo que es la Freeman House y después me descubro recordando la Winslow House. O la Coonley House... No, lo cierto es que no me decido.

Frank Lloyd: Bueno, a mí me pasa algo parecido...

Alberto: ¿Tampoco tienes claro cuál prefieres?

Frank Lloyd: No, me refiero a tu obra.

Alberto: ¡Vaya, esto sí que me asombra!

Frank Lloyd: En tus más de dos millones de metros cuadrados destacan trabajos notables. Y no porque lo diga yo. Sembraste tu país de obras que hoy día reconocen y disfrutan miles de chilenos.

Alberto: ¿Como cuáles?

Frank Lloyd: Bueno, no te hagas el modesto. Ahí están los muchos recintos deportivos -el Estadio Monumental, entre ellos-, los colegios en el sur, el Estadio Israelita, la ampliación del Sport Francais... Aunque, claro, no todas tus obras son para disfrutarlas, en realidad. También las hay para padecerlas.

Alberto: ¿...?

Frank Lloyd: No te aflijas, Alberto. Lo digo por la Cárcel de Colina... Pero, ¿sabes?

Alberto: Qué...



Fotografía: Clara Guzmán.

Frank Lloyd: Que nada me impresiona más que tu versatilidad. No sé cómo te las arreglaste para cubrir tantas facetas en tus setenta y dos años de vida. Una existencia desdoblada en tan diversas actividades, como un equilibrista chino sosteniendo múltiples platillos en rotación con sendas varas de soporte. Por supuesto que la gracia es que no caiga ningún platillo. Y tú lo conseguiste.

Alberto: Al final, todo es una misma cosa: la arquitectura.

Frank Lloyd: Como si fuera poco, edificaste una familia ejemplar. ¿Qué más se puede pedir? Y ahora que lo pienso mejor, tenemos en común la cálida dependencia de las mujeres. Lo que fue para mí mi madre en mis años tempranos y mis esposas en la etapa madura, ha sido para ti Carmen, la mujer de tu vida. Esa es la única dependencia que uno acepta con resignación y que, en el fondo, desea. ¿No te parece?

Alberto: Bueno, sí. No por nada estuve cuarenta y seis años con ella. Y fueron nueve los hijos y los nietos ya suman veintitrés...

Frank Lloyd: Chocerías aparte, yo lo he pasado bien observando tu actuación...

Alberto: ¿Qué quieres decir?

Frank Lloyd: Ni más ni menos que eso. Que desde que te levantabas (siempre muy temprano) entrabas en escena y era imposible

no seguirte en cada uno de tus actos, hasta que caía el telón, ya muy entrada la noche. ¡Para qué hablar de tus clases! Tanto como los edificios que proyectaste, tus clases hubiesen merecido un registro especial. Un registro con una muy buena cámara de cine y un audio perfecto. Tendríamos horas y horas de material audiovisual de selección, para deleitarnos...

Alberto: Lo que ocurre, mi querido Carapálida, es que...

Frank Lloyd: Por favor, déjame continuar...

Alberto: Está bien.

Frank Lloyd: Para mí no hubo, durante estos últimos años, panorama más entretenido que verte frente a los alumnos. Allí salía el actor, el humorista, el melómano, el payaso, el loco, el deportista. Incluso, a veces, el sensato. Se podía esperar cualquier cosa. Me carcajeaba con tus símiles, con las parodias, con las invectivas a la autoridad, con los dicerios al sistema, con tus gestos y tus representaciones teatrales verdaderamente de antología. Y de cuando en cuando, una perla poética.

Alberto: Eso, sobre todo.

Frank Lloyd: Me corrijo, querido Alberto: para ser justo, todo eso era poesía de alta ley de fino, que sabías elevar a categoría de espíritu. ¡Cómo me hubiese gustado tener un profesor así! En mi tiempo, caracterizado por una atmósfera de misticismo, de rigor y austeridad,

apenas había cabida para el sentido del humor, para la locura desatada, para el desborde de los sentimientos.

Alberto: Cierto.

Frank Lloyd: ¡Pero cómo te quieren tus alumnos!

Alberto: Eso me conmueve. Por eso he apreciado tanto el Premio Sergio Larraín García-Moreno, del año 2000, que reconoce mi labor docente.

Frank Lloyd: Pero más allá de esos galardones oficiales -que te sobran- está la interminable retahíla de discípulos que dejaste en el camino. Te podría enumerar decenas y tal vez un centenar, todos ellos brillando hoy día con luces propias. Y leo sus mensajes y, de verdad, me emocionan. ¡Cuánto amor hay para el maestro! Les has enseñado a reír y a llorar, a sentir, a experimentar. Pero, sobre todo, a amar la arquitectura. ¿Puede haber elogio mayor para un arquitecto? Te has ganado, seguramente sin proponértelo, la categoría de Maestro, así, con mayúsculas.

Alberto: Perdona, Frank, me he puesto un poco llorón con los años...

Frank Lloyd: ¡Pero, cómo es la cosa, Alberto! ¿Que no habías llegado hasta acá para alegrarnos el almanaque? Dicen que los caballeros cruzados no lloran...